

Alzate

“Respuesta de Pedro el Observador a los que, con título de consejos saludables, le remitió don Ingenuo en el suplemento a la *Gaceta de México* del 3 de febrero de 1789”

p. 81-100

Roberto Moreno

*Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual 1788-1798*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1989

288 + [XIV] p.

[Figuras]

(Historia de la Ciencia y la Tecnología 3)

ISBN 968-36-1599-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de mayo de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/251/linneo\\_mexico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/251/linneo_mexico.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## ALZATE

RESPUESTA DE PEDRO EL OBSERVADOR A LOS QUE, CON TÍTULO DE CONSEJOS SALUDABLES, LE REMITIÓ DON INGENUO EN EL SUPLEMENTO A LA GACETA DE MÉXICO DEL 3 DE FEBRERO DE 1789

¿Habrá quien calle cuando tú murmuras,  
y no rechace tus sofismas necios,  
llenándonos de hipócritas censuras,  
calumnias torpes, bárbaros desprecios?

*El Apologista Universal*

Muy señor mío: Paseándome en un hermoso prado registraba a la vulneraria capitaneja, don del cielo, y decía ¿te desterrarán a Ceuta o a la clase gatomanía que es lo mismo? ¿Te nombrarán diocleciana? Y tú mooytle, poderoso antiapoplético, ¿a dónde te destinarán los hados? ¿Te destinarán a Kaulicán? Así pensaba cuando me pusieron en las manos los saludables consejos de vuestra merced; leílos atentamente, admirando la afluencia con que vuestra merced escribe, aunque me hallaba dudoso si era producción de alguna tertulia de patanes o de la pluma de alguno que se juzgaba literato. Perplejo me hallaba sobre si respondería, usando del derecho de las represalias, o si ceñido a corroborar lo que expuse, a que no se ha respondido, usaría de un estilo serio, cuando un amigo de aquellos que mucho leen, pero mucho más meditan, se me presentó y me dijo, amigo don Pedro ¿qué silencio es éste? ¿Es acaso el papel remitido por la estafeta el que confunde a vuestra merced? Por cierto que acabo de devorarlos [los consejos], y veo que su autor, aturcido porque no pudo responder a las dificultades que vuestra merced propuso, se valió de las armas auxiliares, esto es, recurrió al diccionario plebeyano para sostener un falso ataque.



Vuestra merced no se extrañe, ¿el desconcertado grito de tanto papagayo que tenemos a la vista perturba nuestra conversación? El mismo aprecio merecen los que se titulan *Consejos saludables*. ¿Qué cosa buena puede resultar de tertulia en que concurre como uno de los papeles principales un za'no vestido con ajustados gregüescos? Apuesto que este tertuliano es más pobre de entendimiento que de vestuario. ¿Que transformen a vuestra merced en perico le sirve de mortificación? No amigo, esto es surtirle a vuestra merced de pico para que muerda y de lengua para que hable; mas por ningún pretexto use vuestra merced de semejante lenguaje; nacimos para ser modestos, para ser urbanos; estas prendas son indispensables respecto a la sociedad; me expresaré con más claridad: todo hombre debe ser modesto, no es preciso que cada individuo sea sabio, ¿caso vivimos en aquel siglo en que Erasmo y Escalígero disputaron cuál de sus barbas era más parecida a la de un macho cabrío? Quien se dedica a escribir debe procurar instruir al lector, no pervertirlo; por lo que tirar al blanco sin gastar la pólvora en salvas.

Mi amigo se retiró dejándome en una grande perplejidad: sus razones me parecieron persuasivas; pero al mismo tiempo se me presentaban los derechos que asisten para defenderse a quien injustamente se ataca; los ejemplares muy sabidos de hombres grandes que han procurado apologizarse en tono irónico, el derecho de las represalias, el ser necesario hablar a cada cual en su idioma ¿no son fuertes apoyos para divertirse, acometiendo al enemigo con sus propias armas? Valiéndome de los grandes arsenales de los Quevedos, de los Torres Villarroeles (principalmente en su papel intitulado *Sacudimiento de Men... habidos y por haber*), y de otros infinitos, ¿no tendría bastante metralla con qué responder a mi don Ingenio (me equivoqué) Don Ingenuo? Deponiendo mi perplejidad, me resolví a tomar un medio, cual es responder irónicamente en todo aquello que el papel es despreciable y con seriedad en lo que merece atención, en aquello que importa a la sociedad. Responder con seriedad a un tan despreciable papel sería hacerle un grande favor; guardar silencio sería contra mi honor; muchos incautos lo reputarían como una prueba manifiesta de ignorancia; tomé la pluma pues, para responder a Don Ingenuo.

Si la disputa es sobre materias de botánica ¿a qué viene que por tres ocasiones refiera vuestra merced lo de jabones? ¿A qué lo de *Asuntos varios*? En cuanto a lo primero, si vuestra merced se expuso a perecer en la mar por hacer fortuna, ¿no fue lícito a mi amigo emprender una idea que le pareció útil, sin que por esto el público padeciese, antes más bien se utilizase, como sucedió? Si al abate Cavanillas se le ha elogiado

por haber propuesto nuevas plantas que surtan materias primeras para las fábricas, ¿por qué en éste es elogio lo que respecto a mi amigo y a los ojos de vuestra merced es vituperable? Habla vuestra merced sobre el papel periódico que imprimió con el título de *Asuntos varios*; pero se emplaza vuestra merced a que presente una sola sátira, una burla dirigida al intento; algo correría, pero sería como producción de algún murciélago o de algún buho; ¿pero quién aprecia las composiciones nocturnas? Sólo un murciélago (gracias a Dios que ni lo soy ni lo parezco) puede apreciar producciones compuestas por alguno de su especie.

Reciba vuestra merced este corto consejo: quien le comunica estas anécdotas lo hace con ánimo de burlarse de su candor, porque después que le da lecciones tan del gusto de vuestra merced al separarse se ríe a carcajadas: Pero señor Don Ingenuo, vuestra merced que tanto sabe y tanto parla ¿ignora la metafísica de las pasiones? Dice vuestra merced que al *ver tanta multitud de disparates, y de consecuencias mal hiladas; se le exaltó la bilis y se bebió dos vasos de agua*. Señor mío, los disparates no irritan la cólera (que bilis para un castellano tan purista es un grave delito) mueven a la risa; yo sí creo que tomaría vuestra merced un par de vasos de agua pero fue muy poca, porque al verse concluido con mis reflexiones se exasperaría y contraería una calentura amarilla, para cuya cura son necesarias por lo menos dos cántaras de agua y alguna porción de ácidos; pero quiero ser serio y no imitar a vuestra merced.

Acusa vuestra merced a mi amigo de ser ingrato respecto a la Academia de las Ciencias de París y del Real Jardín Botánico de Madrid por cuanto impugnó la nueva nomenclatura química. ¿Pues qué, cuando recibió las patentes hizo voto solemne o privado de jurar *in verba magistri*? No señor, la Real Academia deja en libertad a sus individuos a que piensen y escriban según su caletre (voz favorita de vuestra merced). Muy escaso se halla de noticias literarias; si quiere instruirse ocurra a leer las memorias que anualmente imprime la Academia; allí verá cómo sus individuos no son uniformes en sus dictámenes. Ya veo que... dígame vuestra merced por su vida ¿se ha establecido en el Real Jardín Botánico algún estatuto para que sus correspondientes arreglen sus pensamientos a tal o tal sistema, o tal o tal nomenclatura? ¿En qué consiste la ingratitud? Le repito a vuestra merced que la nueva nomenclatura es perniciosa al progreso de la química, y satisface vuestra merced a estas reflejas.

¿Cuál ha sido la idea de introducir esta nueva nomenclatura? Sin duda fijar el idioma químico, abreviar las denominaciones para facilitar el estudio; pero si las academias de idiomas no han podido fijar el de cada nación;



si las naciones no se han convenido en adoptar una medida, un peso uniforme, lo que tantas utilidades proporciona a las ciencias y al comercio, ¿cómo quiere vuestra merced que las naciones concurren a establecer un idioma químico? Basta que sea invención francesa para que los ingleses la detesten y continúen en seguir el establecido idioma químico; si esto contradice vuestra merced me confirmaré en creer que es muy novicio en la historia; ¿y qué la escuela alemana, la italiana, la prusiana, la de San Petersbourg recibirán la nueva nomenclatura? No han querido admitir una graduación uniforme del termómetro, lo que evitaría tantos cálculos ¿y creeremos abracen la nueva nomenclatura?

Caeremos pues en el inconveniente que dije, será necesario aprender y conservar en la memoria dos expresiones para un solo objeto, y reproduzco mi duda: ¿las obras de los químicos anteriores a la nueva nomenclatura se reimprimirán con arreglo a ella? ¿Se reimprimirán como salieron de manos de sus autores? Confiesa vuestra merced, página 232, que se reimprimirán según y como se imprimieron la primera vez; *habemus confitentem reum* ¿y entonces no será necesario formar un nuevo diccionario para que los lectores entiendan lo que leen? ¡Qué alivio! ¡qué socorro para facilitar el estudio de la química!

Parece que vuestra merced para impugnarse se olvida del octavo precepto; para desempeñarse y hacer ver desató el nudo gordiano cita el *Curso químico* de Lemerí, reimpreso por monsieur Baron; pero debo advertir que monsieur Baron reimprimió la obra de Lemerí según y como lo dispuso su autor; únicamente añadió notas para corregir la teórica de Lemerí, para añadir los nuevos descubrimientos químicos; pero no se atrevió a mudar una palabra del texto. Esta noticia la pudo omitir vuestra merced porque es *contra producentem*, aunque no entiendo los autores (porque vuestra merced lo dice), ya podrá haber visto que mi amigo en sus papeles tiene citado este *Curso de química* aumentado, no perturbado por Baron; pero a vuestra merced le falta memoria y aun algo más.

En la página 230 advierto una célebre acusación, pues noticia: *se reiran cuando vean que cubierto vuestra merced con la negra máscara de anónimo porque no tuvo valor para hablar a cara descubierta*; si mi cólera fuera como la *bilis* de vuestra merced ya me sería necesario engullir un par de arrobas de agua y meterme en un estanque por algunos días para tolerar tan inaudita acusación; ¿no fue vuestra merced quien imprimió sus dos cartas con el título de Discípulo? ¿No es vuestra merced quien anónimo y enmascarado con el titulón de Ingenuo me remite sus saludables consejos? Vaya señor Don Ingenuo, que de esto se reirán los lectores: ¿por qué la

máscara de vuestra merced es blanca y la mía negra? ¿Apolo acaso le tiene a vuestra merced concedido algún privilegio para que en Pedro sea crimen lo que en vuestra merced no es reprehensible? Vaya, vaya que...

Quisiera finalizar, porque en ocasiones me río al ver tanta inconsecuencia, en otras me encolerizo al registrar su superficialidad. A la página 230 me levanta vuestra merced un falso testimonio: supone proyecté que en Nueva España se estableciese el beneficiar azúcar con las cañas de maíz; ¿sueña vuestra merced o delira? El hecho es éste: en una memoria de mi amigo, que mereció ser impresa entre las de la Academia de las Ciencias de París, dijo que con el jugo de las cañas de maíz fabricó azúcar, la que enseñará al señor Don Ingenuo siempre que quiera; pero ésta no fue a humo de pajas, como se dice, fue para probar que los jugos dulces de las plantas sirven para nutrir el fruto, lo que demostró con esta genuina observación: las plantas de maíz que no dan fruto son las que surten jugo dulce; las que no lo dan se vuelven insípidas; [*sic* la frase] luego etcétera, *quod erat demonstrandum* ¿en dónde se ve el más ligero proyecto? Quiero conceder a mi querido Don Catedrático (válgate por equívoco, y lo que enseña un mal ejemplo, Don Ingenuo quiere que el autor de la *Gaceta* sea Pedro el Observador y éste llevado del mal ejemplo intenta hacer catedrático a Don Ingenuo) quiero conceder que la idea de fabricar azúcar con las cañas del maíz sea ridícula ¿pero es posible que hallándose en Madrid al tiempo que se imprimieron los primeros papeles del *Correo de los ciegos* ignorase que este proyecto logró su aceptación? ¿Ignoró que un americano en el mismo vindicó a la América respecto al invento? ¿Ignoró que el célebre químico de Viena Jacquin se vanagloriaba de ser el verdadero autor? ¡Qué ignorancia tan supina! ¿Se alabó el descubrimiento de Margraff por haber fabricado azúcar con el zumo de los betabeles; en éstos es elogio, lo que por decisión de Don Ingenuo es digno de burla respecto al ignorante Pedro el Observador?

Ya se presentó el hecho, no mostrará mi clásico Don Ingenuo una sola línea con que haga patente que el fabricar azúcar con el jugo de las cañas del maíz fuese proyecto, sigue su humor *bilioso*: con esta grande política refleja *omitiendo la cosecha de su fruto, por ser aquella* (la azúcar) *más importante*; dejemos por ahora a nuestro Don Ingenuo presentarse como político, como económico, para decirle, si en ciertos países sería pernicioso fabricar azúcar con las cañas del maíz, a causa de que se pierde el fruto ¿por qué en otros no sería utilísimo? Siento darle estas lecciones porque después se vierten *proprio Marte*. Dígame, señor Don Ingenuo ¿en el Nuevo México, que dista más de seiscientas leguas de México, y en la Sonora,



cuánto valdrá la arroba de azúcar? Calcule el señor Don Ingenuo el costo de fletes y lo sabrá. Ahora bien, en estas provincias sobran terrenos; pues si se estableciese en ellas la fábrica de azúcar con las cañas del maíz ¿no se utilizarían sus habitantes? ¿Qué responderá el oráculo de Apolo?

¿Algún sinodal aprueba, reprueba sin haber examinado a los sujetos? Yo creía que no; pero el voto resolutivo de Don Ingenuo me hace ver lo contrario, porque expresa *citando los Staales y Boerhaaves, como si los hubiese leído y entendiese*. Si dijese que no tengo entendidos a estos autores, tendría razón; pero cómo ¿por dónde le vino la noticia de no haberlos leído? ¡Extraño arrojo, atrevimiento inimitable! ¿Es acaso Don Ingenuo ángel tutelar para saber y escudriñar las acciones de los hombres? Esta sola cláusula demuestra lo exaltado de su *bilioso* genio; semejante modo de escribir no he visto; acaso tiene su origen en algún nuevo sistema que ignoro.

Vuestra merced es adivino o posee algún *gas* por cuyo medio sondea y reconoce los pensamientos ajenos. ¿En qué papel mío ha visto vuestra merced las voces *oxígeno, hidrógeno y azoote* para decir que no puedo digerirlas? Si lo hace en virtud de que no soy griego moderno, ni gringo, confesaré habla con sólidos fundamentos, pero vaya esta preguntita: ¿qué instrumento posee vuestra merced parecido al telescopio, el que por una parte aumenta demasiado el diámetro de los objetos, y mirando por la parte opuesta los disminuye en exceso? Hasta aquí y en lo restante de su papel me ha tratado de ignorante no sólo en el hecho, sino hasta llegar a la posibilidad; pues asegura no soy capaz de entender los autores; cómo concordar esto con su expresión de la página 232 foja 2 “y aunque deberá temer el mundo los calamitosos efectos que pueden resultar de la combinación de sus ideas con estos principios”. Señor Don Ingenuo ¿un ignorante puede perturbar a la literatura? ¡Qué desatino! Los vasos de agua repletaron a vuestra merced y el cerebro lo padeció; de otro modo no hubiera escrito tan magnífico descomunal disparate; mis débiles producciones acaso lograrán conseguir el fin con que se escriben que es el ser útil a la humanidad; son muy débiles, pero muy fundados [como] para perjudicarla.

Sería bagatela entrar en contestación sobre si supe o no que la función botánica se celebraba en el día 11; pero como vuestra merced dice se le *convidió delante de testigos* digo que así fue; ¿pero qué convite? ¿Encontrar por acaso a uno en un lugar público y entregarle un papel es convite? Yo creo es acción forzada; uno de los mismos que fueron testigos atribuyó esto a desaire, ya que su felicidad hizo correspondiente a mi amigo del Real Jardín Botánico, aunque sin mérito según mi dictamen y el de vuestra merced, parece que un encuentro fortuito y en un lugar público no son



a propósito para convidar; no soy tan altivo que quisiera el que vuestra merced personalmente pasase a su *obscura habitación adornada con una miserable hornilla* a solicitar su concurrencia, porque ¿cómo podía pensar que el Sol de la botánica se dignase alumbrar una obscura habitación?

Extraño cite vuestra merced testigos ¿por qué no alega como testigo irrecusable la carta que en el mismo día 11 dirigió a vuestras mercedes mi amigo, excusándose urbanamente de la asistencia, y remitiéndoles al mismo tiempo el hecho de un fenómeno botánico? Sería sin duda porque con él se ataca de frente a los sistemáticos; en algún día se publicará una copia de la carta.

¿Se burla vuestra merced del tomate? Y en verdad que con él se le dispuso un clemole que no ha digerido ni digerirá, aunque se valga de cuantos arbitrios le sugiere su precipitada pluma, ya que mueve asunto que se había sepultado le expongo a vuestra merced esta reflexión. Supongamos que algún viajero botánico hubiese encontrado en la Tartaria o en el Mogol el tomate; es innegable que arreglado a los preceptos de su sistema hubiera declarado ser un fruto venenoso, como que era de la clase de los solanos. ¿Semejante aserción no hubiera privado a la humanidad de un alimento diario? ¿Y si el mismo botánico hubiera después peregrinado en la Nueva España, al ver que el tomate es pasto diario, si era hombre sincero, no se hubiera burlado de sus cánones? Qué bien dice uno de los autores favoritos de vuestra merced (a quien nombraré después) en la página 142, tomo I, *Namque fida experientia plus valet, quam omnis theoria.*

Lo cierto es que el tomate es una fuerte bala que abre grande brecha al sistema; siempre me gloriaré de haber sido el artillero; grande adivinador es vuestra merced porque pregunta, y a la verdad ¿qué pudiera vuestra merced haber proferido de repente en aquel acto...? ¿A qué viene el de repente? ¿Acaso me juzga vuestra merced tan precipitado que no medite lo que deba hablar, lo que deba escribir, lo que deba ventilar? ¿Si constaré de estambres y pistilos? ¿Por qué Don Ingenuo, grande escudriñador de éstos, intenta saber mis intenciones? En lo que convendrá será en reconocer a vuestra merced por un mal comentador de lo que le dije, y diré que en cuarenta y ocho horas me hice cargo del sistema, y vuestra merced supone me instruí en este corto tiempo; para esto y enseñar botánica en siete meses es necesario poseer talentos que acaso no se verificarán en un par de siglos; el nuestro por felicidad ha verificado semejante aborto. Dígame vuestra merced señor Don Ingenuo ¿para reconocer la utilidad de un libro no lo ejecutará en un par de minutos? Tantos que arrojaron al suelo sus *Consejos saludables* al leer unas cuantas líneas ¿no fue porque *ex ungue*

*leonem?* ¿Pues por qué en cuarenta y ocho horas no pude hacerme cargo de un sistema?

Bendito Dios que entramos en lo serio, en lo que acarrea utilidad. Como quien escribe debe satisfacer al público (único juez en los asuntos que le pertenecen cuales son los de las ciencias naturales) siempre que se le acometa a diestra o siniestra, paso a exponer los motivos que tuve para reflexionar acerca de los ejercicios botánicos. Sé, y lo sabe todo el mundo, cómo algunos extranjeros insultan a nuestra nación tratándola de ignorante; estos tales, al ver que a la nación española se le dice que los *astros no influyen en las virtudes de las plantas, que los médicos ordenan plantas que no conocen*, ¿qué dirán? Alegarán esto como prueba manifiesta de que estamos muy vecinos a los siglos de ignorancia; porque si algún catedrático en el jardín A o en el B propusiese tales vejeces, qué digo vejeces, menos que cuentos de viejas, puede ser que a pellizcos le destrozasen sus ajustados gregüescos. Defendí que ningún médico, esto es médico, ordenaba alguna planta *inocida* (voz muy castellana) y la salida de vuestra merced es digna de que pase a la posteridad por lo que ya lo verá vuestra merced y es necesario copiar su texto: *Pues sepa vuestra merced, amigo mío (¡qué amistad!), que un profesor de medicina puede desconocer un nuevo vegetable (si es nuevo cómo lo ha de conocer), que se le presente, y con la luz del sistema pasará a administrarlo, seguro de que producirá el efecto (nequaquam) que desea.* Por el contrario, otro que ignore los preceptos del arte, y conozca una planta por su nombre, no sabrá, si no le informan de sus virtudes, en qué casos ha de usarla. Aquí entra este diabólico tomate. Supongamos este caso, que no es imposible: un médico adornado de todos los conocimientos sistemáticos llega a Nueva España, necesita ministrar un narcótico, observa que el tomate es de los solanos; en virtud de éstos manda ministrarlo y el paciente muere porque el sistema falló al médico *porque no le informaron de sus virtudes*; detesto de práctica cuya teórica puede ser mortal.

Aquí doy un salto, porque así conviene; advertí que el conocimiento de las virtudes de la ipecacuana se debía a los indios no a algún sistema y detestaba haber prorrumpido en semejante expresión porque me miraba aturrullado al ver que Don Ingenuo estampaba asertos que me manifestaban al mundo como un hombre ligero, superficial, que escribía a Dios te la pare buena; con todo mi corazón, potencias y sentidos me arrepentía de haber impreso que por ningún sistema se había reconocido la virtud de alguna planta; ya me juzgaba condenado a sufrir doscientos azotes (no azotes) por las calles públicas de la república literaria, por falso calumniador, porque leía, releía el primer párrafo de la página 234 en que Don Ingenuo asienta (quisiera

no haber nacido para no experimentar bochorno de tanta magnitud): *A ningún profesor se le ocultan las admirables virtudes de la ipecacuana, y siendo planta indígena de las Indias (digamos de la América) suspiraban con razón los médicos de Europa por no tener un equivalente en su país. ¿Llegaron a conseguirlo? Sí, amigo. ¿Y cómo? Con los preceptos del arte, con los cánones que suministra la ciencia y que debe saber todo profesor para proceder a la administración de las plantas desconocidas. ¿Y quién sino un botánico instruido en las reglas del sistema hubiera sospechado que se podía substituir aquel precioso vegetable con la trinitaria, hierba común en todos los jardines y que sólo se cultivaba para recreo de la vista?* Considere cada lector el cómo quedaría Pedro el Observador con semejante inaudita noticia; lo que hizo fue dejar un blanco para ver si el reclamo de la nota número 7, que se halla entre trinitaria y hierba, era fundada; porque *ex ungue leonem* etcétera; en esta misma nota se dice con satisfacción: *Véanse sus virtudes en la Materia médica de Bergio, página 755, con el nombre de viola tricolor*; tuve la paciencia de doblar mi cartapacio hasta llegar a la ciudad, en la que Bergio sería conocido; en el ínterin sufrí, padecí, porque me parecía haber recibido un fuerte palo en el cerebro.

Llegado a México desentrañé a Bergio: ¿mas cuál fue mi sorpresa al ver que se le citaba falsamente? Vaya de citas. Dice Bergio en el tomo primero de su *Materia médica* impresa el año de 1782 en Estocolmo por Pedro Hesselberg, con licencia del rey de Suecia, a la página 105. *Ipecacuana... virtus: emethica, adstringens, alterans, diaphoretica sicut opio jungatur*, que es decir, sus virtudes son el ser *vomitiva, astringente, alterante, diaforética si se le mezcla el opio. Usus: disenteria, diarrhaea, haemorraagia uteri, tussis convulsiva*, y traducida para que todos lo entiendan *se usa para curar la disenteria, la diarrea, el flujo de sangre en las mujeres, y la tos convulsiva...* Qué dice vuestra merced señor Ingenuo ¿tengo citado con fidelidad a Bergio respecto a lo que especifica de la ipecacuana? Pues vemos cómo se explica respecto a la trinitaria, tomo 2, página 754. *Viola tricolor etcétera virtus subemethica, purgans*; virtudes: vomitiva en grado remiso y purgante; *usus... su uso?* Ninguno. A la página 756 obs. 2. *in officinis nondum recepta est viola tricolor, quae tamen satis praestans, etcétera gratum est laxans dosi unc. 4 ex infusso quavis altera hora, quamdiu recens haberi potest nimirum a primo vere in serum, usque ad autumnum. Apud nonnullos agit etiam emesi*. Que es decir: la violeta de tres colores, aunque no se ha recibido en las boticas sin embargo de ser un laxante muy poderoso y nada *ingrato al gusto tomada en infusión en la cantidad de cuatro onzas estando fresca...*, y que respecto a algunos provoca a vómi-

to... Señor Don Ingenuo, si vuestra merced para leer mi papel se *apretó la cabeza y se le exaltó la bilis de modo que pensó sofocarse y tomó dos vasos de agua fría*, ¿qué experimentará ahora al ver se le verifica ser un falsario a quien se pueda decir *mentiris impudentissime*? Apriétese vuestra merced los carrillos, no sea que se le revienten a esfuerzos de la sangre. ¿Cómo se le creerá a vuestra merced en lo sucesivo siempre que cite? Y si un ignorante, a los ojos de vuestra merced un doctor Índice, a quien vuestra merced gradúa sin que tenga facultad para ello le averigua tan grande torpe delito literario ¿qué ejecutará un sabio?

Después de más de cincuenta años de publicado el sistema se deseaba ver que por su medio se descubriera la virtud de alguna planta; vuestra merced quiso hacer el ensayo (válgate por desgracia), cita a su Bergio y este discípulo del sistemático atribuye a la ipecacuana y trinitaria virtudes muy diferentes. No insisto más en esto porque los textos y traducción lo expresan con demasiada claridad. ¿Qué salida a todo esto, amigo Don Ingenuo? ¿Dirá vuestra merced que no soy capaz de leer ni de entender a Bergio? Ésta es la sola clave magistral de vuestra merced, y se me viene a la memoria un cuento: un prelado destinó para Guatemala a un religioso; éste, cándido o malicioso, se retornó después de algunos días diciendo se le había engañado porque tal Guatemala no existía en el mundo y adelante. ¿Acaso se equivocó vuestra merced y leyendo en Bergio el artículo trinitaria se pasó dos planas y en la 758 leyó *eméthica debiliior*, tratando de la violeta ipecacuana y pensó vuestra merced hablaba de la trinitaria? Es lo único con que puede disculparlo Pedro el Observador su amigo.

Di un salto: ahora hago un retroceso; a la página 233 dice vuestra merced resolutivamente, con magisterio, *no hay cosa más usada en las boticas que la escorzonera, sin embargo, su sabor y olor advierten al botánico instruido de su ninguna eficacia*. Luego el sabor y olor de las plantas denotan sus virtudes; ¿cómo se dijo lo contrario en los ejercicios? Áteme vuestra merced estos bolos. Pero gracias a sus *Consejos* (pues ya aprendí a registrar el corazón de los libros) veo que su Bergio en el tomo 2, página 683, trata de la escorzonera y a la 684 dice que es nutritiva, aperitiva y temperante, y la observación 3, página 685, noticia como Fehr escribió muy bien acerca de su utilidad en varias enfermedades; añade *escribió muy bien y por propia experiencia*, y que se debe leer con atención (*porque lo merece*) lo que mezcla de su uso en las fiebres después de *observaciones en verdad útiles y prácticas, revera utilia et practica* ¿Vuestra merced sistemático [y] Bergio, discípulo del autor del sistema, hablan con

tanta oposición? La escorzonera según vuestra merced es inútil, según Bergio es utilísima; ¿de qué sirve el sistema? Si esto se verifica respecto a una planta conocida, ¿qué debemos creer cuando los sistemáticos profieran respecto a las nuevas plantas? Callo porque considero que la escorzonera en la ocasión para vuestra merced ha de ser irritante.

Rechacé por honor de nuestra nación la célebre cuestión que se propuso acerca del influjo de los astros en las virtudes de las plantas y satisface vuestra merced con decir *no porque fuese necesario persuadirlo a los profesores del día, sino porque estudian la ciencia desde los principios*: Se ignoraba que los principios de las ciencias estriban en trivialidades, en supersticiones de los siglos de barbarie; dije y diré que semejante cuestión *sería buena en otros tiempos, ¿pero al presente?* Vuestra merced dice *no era necesario persuadirlo a los profesores del día*. Sobre esto no tenemos que disputar, *mutatis mutandis* copió vuestra merced mi pensamiento: ¿Sabe vuestra merced que algún misionero para catequizar comience enseñando a sus catecúmenos que no hay mahometismo, luteranismo, etcétera? ¿Ha visto que algún astrónomo como los Cailles, Lalandes, Cassinis, Monnieres, Keiles y otros que han impreso cursos completos de astronomía hayan tomado por principios el impugnar los desvaríos astrológicos? En los principios de vuestra merced estos autores cometieron el pecado *lessae astronomiae* porque no comenzaron sus obras impugnando aquello que ya está olvidado; el textecillo latino que vuestra merced cita sobre que *in scientia naturali principia veritatis observationibus confirmari debent* es verdad que he tenido a la vista simple que me he propuesto escribir de materia botánica y es la traducción latina de mi expresión que se consulte a la experiencia. ¿Pues a qué viene el escarnio que vuestra merced hace? ¿O vuestra merced piensa de un modo en latín y de diverso en castellano? Basta sea verdad que profirió Pedro el Observador para que vuestra merced la repela y procure aventarla a no sé qué sitio.

Ignoraba que Quintiliano hubiese sido botánico o que su obra constase de estambres y pistilos para que cayese en sus manos; pero entienda el texto, y verá que es un injerto que no fecundiza en su papel; los ejemplos aclaran más que muchas páginas. Daré a vuestra merced un ejemplo de analogía en las ciencias naturales: saben los astrónomos que la Luna, Marte, Venus y otros planetas tienen un movimiento de rotación sobre su eje, y de aquí deducen que Saturno, a quien no se le ha observado, como tampoco al nuevo planeta Herschel, deben moverse circularmente: ésta es una verdadera analogía, pero en la botánica es difícil establecerla. Si un botánico al ver que las cabras devoran al titimalo dijese: el cuerpo del hombre se halla orga-



nizado casi casi en la misma disposición que el de una cabra, a ésta el titimalo no le perjudica, por analogía debo establecer que el hombre no tendrá que sufrir si se alimenta con el titimalo; ¿semejante analogía no sería veneno? Las gallinas mueren si se les ministra café; el hombre, no muere, ¿qué analogía? Consultemos a la experiencia, ¿cuántos ejemplares podría poner a mi Don Ingenuo sobre analogía *intelligenti pauca*?

No sé si convencerá lo que expresé de que no había analogía respecto a la circulación de la sangre y los jugos que nutren a las plantas, ¿no sería extraño oír que alguno dijese, al ver que el agua corre por una cañería o el viento por un fuelle, estos fluidos tienen un movimiento análogo al de la sangre de los animales?

Para confutar el ejemplo que propuse de las plantas, reducido a reprobar dicha analogía, me da vuestra merced en rostro con la historia del pólipo, lo que me admira, pues debiendo haber manejado muchas lombrices era regular mencionase el fenómeno que éstas presentan cuando divididas cada porción se convierte en lombriz; pero sacar a la plaza el pólipo, que vuestra merced no ha observado con exactitud, lo que me consta porque ví no sabe manejar el microscopio, es extraño, ¿ignora vuestra merced, porque yo no, que uno de los mayores naturalistas de Francia Romé del Isle asienta que lo que se tenía por un pólipo es una familia de insectos, por lo que a éste no se hace piezas, sino que la habitación es la que se desmenuza y así no hay verdadera separación de partes de un cuerpo animal? Vea vuestra merced como sé, a su pesar, lo que es pólipo; el cómo una lombriz separada por piezas se convierte en otros tantos animales de su especie; por qué si se le quita a un cangrejo una pata le renace otra esto es muy largo para proponer aquí las ideas que dan los naturalistas, me basta haber puesto a vuestra merced en el camino para que estudie y ejerza su elocuencia; acaso entonces se convencerá de que no hay analogía entre el modo con que circula la sangre en los animales y aquel con que se mueven los jugos de las plantas.

Estreché con fuertes reflexiones la paradoja que vuestra merced propuso sobre que la tierra sólo sirve de apoyo a las plantas; la explicación es particular; con decir vuestra merced esto: *lo saben también, y mucho más, los célebres físicos que en él se citan*, le parece satisface por completo; pero se le emplaza a que asigne en alguno de los autores mencionados semejante extraña doctrina. Un operario del campo que oyó leer el papel de vuestra merced, decía: *estamos bien con este descubrimiento; ya en lo venidero se sembrará en los arenales, en las azoteas, en las bóvedas de las*

*iglesias; con arrojar las semillas sobre cuerpos tan sólidos y regar estamos a camino, ¡qué riqueza de cosecha!* No paró en esto el taimado, porque añadió: *con que según ese papel la tierra sirve de apoyo a la planta lo mismo que las escaleras y palos sirven a las viñas para que se mantengan derechas, ello puede ser pero no lo creo y aunque lo vea no lo creeré.* Yo no digo tanto; haga vuestra merced el experimento y veremos las resultas, porque yo tengo muchas observaciones que algún día se publicarán y éstas me enseñan que tan necesaria es la tierra a las plantas para que crezcan como la leche a los hombres para el mismo fin.

*Convengo* (dice vuestra merced) *en que un ciego es capaz por solo el olor de distinguir el clavo de la canela, el durazno del membrillo; ¿pues cómo aseguró vuestra merced que el olor, sabor y lozanía no sirven para distinguir las diferencias específicas?* Y vuelvo a la carga: el membrillo se diferencia específicamente del durazno, el clavo de la canela, esto se distingue por el olfato; luego la diferencia específica de muchas plantas (esto es de las que huelen) se reconoce por el olfato; si acaso en alguna ocasión estudió vuestra merced lógica puede ser que éste le parezca un buen silogismo. Doy por entendida toda la erudición sistemática que vuestra merced vierte a la página 235, conozco no nací para aprender tan altas sutilezas; mi genio apocado se aviene mejor con el dictamen del célebre conde Buffon, a quien en esto sigo a ciegas.

Siente vuestra merced la pérdida de conocimientos acerca del eléboro de los antiguos y lo atribuye a la falta de sistema; pero dígame vuestra merced ¿así como se perdieron los conocimientos acerca del eléboro en los siglos de fierro, no se hubiera también olvidado el sistema? ¿O el sistema es un ente privilegiado? Lo más seguto es decir que la falta de imprenta y de grabado, que no conocieron los antiguos, fueron la causa de que se olvidasen tantos conocimientos útiles respecto a la historia natural; no sucedió así respecto a la historia civil: el cuño con que se formaban las medallas y el cincel nos conservaron aquéllas, las pirámides, los arcos triunfales, etcétera, por lo que la posteridad, en virtud de las descripciones botánicas útiles y de las estampas, sabrá discernir las plantas y las virtudes que les reconocíamos; si todo esto se pierde a causa de alguna revolución inopinada lo mismo experimentarán los sistemas y la posteridad ignorará los conocimientos de las plantas de estos tiempos, así como ignoramos muchos de los que poseían los antiguos.

Sigue el sermón: *Vuestra merced no encuentra diferencia entre la organización del melón y la coloquintida, teniendo aquél sus hojas con ángulos*

*arredondados* (¿qué geómetra habrá dicho ángulos arredondados?)<sup>1</sup> y ésta con muchas y muy profundas recortaduras. Válgate por sistema que apunta y no da. Sus firmes apoyos antes eran los estambres y pistilos, ahora se pide socorro a las hojas, que es decir reconózcase toda la planta. ¿De qué otra manera reconocen las plantas los que no son sistemáticos? ¿Y quién ha dicho hasta ahora que la magnitud de los ángulos en las hojas determinan la diferencia en las plantas? Hemos creído que el naranjo y el limón tienen las mismas virtudes (aunque más débiles en el primero), ¿y el naranjo no tiene la hoja ancha, el limón angosta? Luego la mayor o menor anchura en las hojas nada prueba y así sólo la experiencia tiene manifestadas las propiedades con que se distinguen el melón y la coluquintida.

\*

Me deleito al ver el tono tétrico con que me corrige Don Ingenuo: ¡qué seriedad satisfecha! Cree igualmente vuestra merced que las plantas amargas lo son a causa del tártaro vitriolado que contienen, las frescas por el nitro y las agrias por el tártaro. ¡Qué pruebas tan evidentes de buen químico! Y yo me admiro de ver se ignoren las obras de los mejores naturalistas; es el caso que cuando vertí esta idea citaba al autor en quien la leí, mas por malicia expresé la especie suelta, reconociendo que mi Don Ingenuo había de caer de espaldas; el acecho tuvo su efecto: si haber hablado con semejantes expresiones respecto a las plantas le hace prorrumpir a vuestra merced: ¡qué pruebas tan evidentes de un buen químico! ¿Se atreverá vuestra merced a decir esto respecto a Valmont de Bomare, uno de los mayores naturalistas de Europa? Creo que no; pues sepa vuestra merced que así lo dice en el tomo primero de su *Mineralogía*, página 563. Lea vuestra merced relea, y para que quede aun más convencido, al pie de la página<sup>2</sup> presento el texto en su original; si yo como traductor merezco la admiración irónica ¿con cuánta mayor razón deberá padecerla

1. Los geómetras dicen ángulos rectilíneos, curvilíneos, mixtos, no *arredondos*, salvo se haya aparecido alguna nueva nomenclatura geométrica, lo que no es difícil al ver el prurito con que muchos extravagantes intentan confundir el estudio de las ciencias naturales (¿y Don Ingenuo, inventor de los ángulos arredondados, es quien ha de manifestar que no sé geometría?).
2. *Mineralogía*, tomo 1, p. 563. *Nous avons observé que les plantes de voient, leur saveur aux sels essentiels qu'elles continnent, nous ajoutons que si, en general, le tartre vitriolé leur donne de l'amentune; le sel marin, le gout salé; le nitre, la saveur rafraichissante, et le tartre, la saveur aigreleite, ces diverses saveurs...*



el autor original? Señor Don Ingenuo, para otro día escriba vuestra merced con más retentiva para no experimentar otro igual chasco.

Los hongos han causado a vuestra merced una fuerte indigestión y para curarse ha echado mano de *diferencias específicas, diferencias esenciales*, algarabía que no se entiende; pero vaya una noticia. En el reino se comen porciones de hongos y no se oyen aquellas fatales resultas que a menudo se leen en los papeles públicos impresos en Europa, ¿y esto por qué? Yo sé la clave que tienen los indios para distinguir al tiempo de cosechar los inocentes de los dañosos; mi observación me lo tiene enseñado, pero no quiero decirlo a vuestra merced por ahora; en ocasión más oportuna la manifestaré; vea vuestra merced cómo unos hombres asistemáticos tienen conocimientos peregrinos acerca de las virtudes de las plantas.

Muy animoso es vuestra merced, señor Don Ingenuo, pues intenta burlarse de sus lectores. Dije en mi carta que con ligereza se había mencionado a Diocleciano entre los botánicos y vuestra merced se expresa: *es falso lo que se afirma de Diocleciano, a quien nadie hasta ahora ha tratado de botánico y sólo se apuntó que su afición a los vegetales hizo que dejase por ellos la diadema*. ¡Qué memoria tan superficial es la de vuestra merced! ¿No tendrá vista, revista y algo más la *Oración inaugural*? pues como en ella se dijo, página 7, *fue tanta la afición que el emperador Diocleciano tuvo al conocimiento de los vegetales, que conmutó por ella las fases*. Pero dígame vuestra merced, que se nombra Ingenuo como el pelado pelón, ¿el conocimiento de los vegetales no es el que distingue a un botánico de un agricultor o de un amante a jardines? ¿Decir que Diocleciano se dedicó al conocimiento de las plantas no es lo mismo que reputarlo por botánico? ¿En qué estuvo mi falsedad?

*Cuando se dijo* (prosigue vuestra merced) *que la botánica no se había cultivado en Nueva España, se hablaba de la botánica metódica, pues la medicinal hasta los irracionales han sabido aprovecharse de ella; pero es menester confesar que su conocimiento empírico no podía transferirse a otras naciones*. Registro en pocos renglones una serie de absurdos. Primero, cuando vivían los antiguos mexicanos aún no habían nacido los abuelos de Linneo, ¿pues cómo los indios habían de ser sistemáticos? Segundo, asienta vuestra merced que de la *botánica medicinal hasta los irracionales se sirven de ella*; ¿y necesitamos de otra botánica que la medicinal? ¿Los excesivos gastos, la protección de los reyes para que los botánicos viajen por diversos países se dirigen a otro intento? ¿La salud de sus pueblos no son el primer móvil para todo esto?, pues de otro modo estarían satisfechos con sus jar-



dines de recreo; al ver la diferencia que vuestra merced supone entre botánica metódica y medicinal poco me ha faltado, no para engullirme un par de vasos de agua fría, sino el tintero con sus plumas y algodones. Pregunto a vuestra merced ¿de dónde le vino la exquisita noticia de que los antiguos mexicanos eran empíricos?

Los que han estudiado la antigua historia de Nueva España saben muy bien que los mexicanos sabían con perfección las ciencias naturales: ¿qué mayor prueba puede darse que aquellos sus conocimientos astronómicos, tan perfectos que regulaban sus años de forma que en Europa ha admirado ver que la corrección gregoriana del calendario se dispuso con el mismo arreglo de que usaban los mexicanos? ¿Y serían empíricos respecto a la medicina? ¿No debe vuestra merced saber en virtud de ser una enciclopedia viviente que un indio curó a Cortés de una peligrosa herida? ¿Ignora vuestra merced el caso reciente de la cura que ejecutó otro indio con uno de sus amigos con la aplicación del bálsamo del maguey? Esta sí que es la botánica útil.

Suplico a vuestra merced sufra con paciencia esta corta reflexión: Dice vuestra merced que los mexicanos eran empíricos; compongámonos: todo médico en la aplicación de una planta es empírico; ¿sabe acaso por qué la quina sirve para curar las fiebres intermitentes? ¿sabe por qué la ipecacuana es vomitiva? No; pero el verdadero médico en virtud de la tradición o ciencia práctica determina el cuándo, cómo y en qué dosis debe administrar estos auxilios y en esto consiste su ciencia y es lo que lo distingue de un empírico. ¿Por qué los mexicanos carecían de estos principios? ¿Algunos estambres, algunos pistilos se lo habrán a vuestra merced manifestado?

Dije que Hernández describió mil y doscientas plantas medicinales de Nueva España; no podré responder a vuestra merced porque la obra es tan exquisita que sólo vuestra merced podrá dar noticias; uno u otro ejemplar y aun el que se hallaba en una biblioteca pública han caído en sus manos. ¿Cómo sabré lo que dice en el prefacio de que no saqué apunte cuando leí a Hernández? ¿Mas satisfará a vuestra merced le diga que mi aserción fue muy fundada, porque me fié de clásico autor? Creo con vendrá vuestra merced en ello; pues de lo contrario no sé como se había de escribir. El clásico autor de quien saqué la noticia es el célebre Clavijero que tenía a Hernández, como dicen *praemanibus*; léalo vuestra merced en italiano para que no me acuse de falsario. *Storia antica del Messico*, tomo I, página 45. *Il celebre dottore Hernández, cioè il Plinio della Nuova Spagna describe nella sua Storia Naturale insimo amille dugento piante proprie*

*di quella terra; ma la sua descrizione effendo ristreta alle piante medicinali, appena comprende una parte, benche grande di quel che la provida natura vi ha prodotto a beneficio dei mortali;* pude pues asegurar en virtud de autor clásico que el doctor Hernández describió mil y doscientas plantas medicinales, *quod erat demonstrandum*, y esto no en virtud de registrar índices y prólogos, *que esto es propio de los ingenuos de cierto temple.*

Finaliza la lectura de su *interesante papel*, y para que vea el público su manía en criticar le hago esta advertencia: porque pasó mi amigo a ejecutar observaciones físicas en la Sierra Nevada, ¿invadió la jurisdicción botánica? ¿Por qué vuestra merced en su papel introdujo una cuña tan fría como desleíble? Presentamos el hecho.

En la *Gaceta de México* de 20 de enero se anunció la respuesta de vuestra merced a las cartas que se publicaron en la *Gaceta de Literatura*; esto supone que su papel estaba concluido; en el día 31 del mismo se publicó la *Gaceta de Literatura* en la que se especifican las observaciones ejecutadas en la Sierra Nevada; el sujeto que dirige la oficina es hombre de conducta que aun puede acusarse de nimio respecto a participar lo que se imprime; luego, y es consecuencia rigurosa, que vuestra merced introdujo en su papel en tono de burla lo de la Sierra Nevada, ¿Qué le duele a vuestra merced que el amigo de Pedro el Observador observe, registre los fenómenos de historia natural? Manos a la obra; diga que son falsos; verifique otros semejantes, que como son cosas de hecho, el tiempo aclarará la verdad: Suponga vuestra merced que mi amigo es un estúpido, ¿acaso para su viajes y operaciones incomoda a nadie? ¿Todo lo que ejecuta lo hace porque logre alguna renta, algún auxilio? Pues calle vuestra merced y callemos.

Se ha dicho y se dirá que el suelo de México es fecundísimo; pero vuestra merced con su vara ferrugina censoria dice en la *Gaceta* número 23, página 215: *Sin más auxilios que el que suministran las pocas plantas de este estéril recinto;* ¿aún no ha salido del vientre y ya estornuda? Señor Don Ingenuo, qué ligero es vuestra merced. ¿Qué entiende vuestra merced por estéril recinto? ¿Acaso el casco de la ciudad, porque en las calles y azoteas no se registran plantas? En esto México se parecerá a todas las ciudades del mundo: todos los cascos son estériles; el tráfigo de las gentes, de los coches, etcétera, no permiten el nacimiento a las plantas; a más de que en México ¿no hay muchos jardines?, ¿no hay muchas macetas? Y en unos y en otros ¿no se observan flores en todo el año? Circunstancia que a los verdaderamente ingenuos ha hecho alabar el terreno de México.

Pero ya que en lo interior de México, en sus calles y azoteas no vegetan plantas que crecerán con abundancia, cuando se pueda decir lo que Virgilio



de Troya, *nuc seges ubi Troia fuit*. ¿No tiene vuestra merced los contornos de México poblados de huertas? ¿No tiene vuestra merced a su vista los cerros de Guadalupe y ambos peñoles, poblados de particulares plantas? ¿No tiene vuestra merced a su vista un Iztacalco, de quien autor clásico que vivió en México y escribió en la fértil Italia dice: *Quella parte del lago, dove sono questi orti, é giardini, é un luogo di diporto somamente delicioso dove pigliano y sensi il più dolce piacer del mondo*. Clavijero, tomo 2, página 153, un sitio tan delicioso del recinto de México, pues está comprendido en su jurisdicción, se comprende en la estéril legislación de vuestra merced ¿Las acequias de los contornos de la ciudad no están repletas de plantas acuáticas, y las orillas de la laguna de Tezcoco pobladas de plantas de que sacan los indios porciones de barrilla? En el recinto de México las coles llegan a ser árboles, ¿y este recinto es estéril? En el mismo se cosechan calabazas de más de vara, cuando en Europa, según Bergio, crecen a lo más al tamaño de una cabeza humana (creo hablará respecto a la Suecia), ¿y el suelo es estéril? Ya los nuevos escritores del día tendrán en el voto de Don Ingenuo materiales con qué degradar al pingüe clima de América: los Paw, los... se regocijarán al ver que uno que se presenta como testigo ocular y adornado con tantos y tantas... habla en su estilo respecto a la capital del Nuevo Mundo.

Esta advertencia considero no será de su gusto porque ha reputado por grande descubrimiento el de la sosa, cuando los indios la quemaban para vender barrilla y esto de tiempo inmemorial. No lleve vuestra merced a mal estas últimas reflexiones: si vuestra merced censura mis conversaciones, ¿por qué no criticaré lo que imprime con tanta ligereza?

Quería despedirme de vuestra merced mas lo suspendo para proponerle estas cuantas cuestioncillas, que me parecen más útiles que los influjos de los astros respecto a las plantas y otras del mismo jaez.

Después de tantos viajes botánicos ¿qué nuevas plantas se han reconocido útiles para combatir las enfermedades? ¿Las que se han llevado como útiles, por qué no han sido descubiertas sus virtudes por alguna regla, sino por la comunicación con gentes experimentadas? ¿El doctor Masdebal remitido a varias provincias de España por nuestro soberano (émulo de los Títos) usó de alguna planta nueva para exterminar la epidemia que llevó a tantos al sepulcro? ¿Usó de otro vegetal que de la quina y de las preparaciones antimoniales? ¿Si lo que se ha trabajado sobre botánica fuese tan sobresaliente como se intenta establecer, no se hubiera ya reconocido un específico para cada enfermedad? Vayan otras preguntitas, cuya resolución será de utilidad y recreo. ¿Por qué el alkekengi si se toma con la mano es amargo y

si se gusta sin tocarlo con la mano es agrio? De esto no se ría vuestra merced porque lo asienta así el sabio barón de Haller, ¿Por qué el cacomite que se vende en México por agosto, diferente de la planta que en los contornos de la ciudad se llama así, es inocente; pero si al sacar la raíz se expone al sol, causa peligrosas diarreas? ¿Por qué los convólulos o plantas que se enredan siempre lo ejecutan formando una espira por oriente, norte, poniente, sur y continúan en sus enredos? Esto es tan cierto, que si se desenreda una de estas plantas y se le da dirección contraria, al crecer continúa en seguir el rumbo antes asignado.

Me resta un pedazo de papel y quiero aprovecharlo: si se introduce una planta en un cajón en el que se halla dispuesto un hueco formado en espira la planta sigue la dirección de la espiral hasta salir por el agujero en que termina dicha espira: ¿no es digno de un sabio botánico observar esto? ¿Por qué las plantas en las tierras que conocemos aquí por calientes son de un verde más oscuro, y las mismas transportadas a temperamentos templados lo son menos? Vaya de analogía: ¿puede de esta observación deducirse alguna cosa útil respecto al color de los negros? Si las plantas en semejantes territorios son de un verde oscuro, sus hojas son más agudas; así vemos que los naranjos que conducen de las tierras calientes a México padecen su novedad, los retoños se observan con hojas más *arredondadas*, que se acercan más a la figura circular.

Los que por burla o por otro fin roban en los melonares saben distinguir de noche por el tacto los melones anaranjados de los blancos; se sabe que por lo regular los primeros son más dulces, ¿y para esto se valen de estambres y pistilos? No, saben por experiencia que los primeros mantienen por largo tiempo el calor que el sol les comunica y ésta es su regla para hurtar el mejor fruto. Dígame vuestra merced Don Ingenio ¿esta clave práctica podrían advertir todos los sistemáticos habidos y por haber? ¿Con esta observación no se apoya la opinión de los físicos, que aseguran que la luz o el fuego oscuro son el origen de los sabores? Pero esto no es de la esfera de los que voluntariamente se alistan en la clase de los murciélagos.

Finalmente, expondré a vuestra merced este curioso problema botánico: en el mercado de México desde el mes de febrero se venden peras, las que conducen de un pueblo nombrado Tecomatusco, perteneciente al curato de Huayapan; la situación del pueblo es en la falta del volcán ¿el origen de tan raro fenómeno lo conoce vuestra merced? Lo cierto es que no se puede atribuir tan exótica producción a que el temperamento es caliente; es un territorio expuesto al norte; a más de que los aficionados a huertas han transportado árboles de peras a Cuernavaca y a otros lugares y no han



podido lograr fruto. Para las peras de Tecomatusco es necesario observar un poco y no contentarse con ver libros por la cubierta. El fenómeno es particular y digno de ser considerado por un tan grande botánico químico como lo es vuestra merced; las resoluciones de estas pequeñas dificultades instruirán al público, lo recrearán y no se perderá el tiempo en causarle impaciencia, por lo que aquí tiro la pluma resuelto a satisfacer a dificultades directas, propuestas en arreglo; porque aunque vuestra merced escriba que soy tibetano, lapón, hotentón, o lo que vuestra merced quiera y guste, de todo me desentenderé, porque cada cual es según su madre lo parió y procura portarse.

Dios guarde a vuestra merced para ilustrarnos.

En Criticópolis en los Idus de marzo de la era botánica año 53.

Pedro el Observador

[Fuente: *Gaceta de Literatura de México*, v. I, 21 de marzo y 25 de abril de 1789, núms. 19 y 20]